



UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los Refugiados

unicef

| para cada niño

Nací en Canadá, el segundo país más grande del mundo, en donde en invierno siempre nieva. Lo que más me gustaba de Canadá era tener amigos provenientes de todo el mundo, además, comer miel de maple (arce) y deslizarme en trineo con ellos. En mi casa, yo vivía con mi mamá que es chilena, mi papá que es guatemalteco y mi hermana que, al igual que yo, nació en Canadá. Los fines de semana comíamos tortillas de maíz guatemaltecas (las cuales las preparaba mi papá) con pebre chileno (el cual preparaba mi mamá). Desde pequeña, mis padres me enseñaron a hablar español, pero en Quebec, tenía que aprender a hablar francés. Por esta razón, me inscribieron en una escuela de acogida para aprender francés. En ella había niños de diferentes razas y culturas. Una vez que aprendí bien el idioma, me fui a una escuela francófona. Un día, en la escuela nos dijeron que teníamos que traer cada uno un plato típico y tradicional. Yo sin pensarlo traje tortillas de maíz, pebre y frijoles. Además, mi mamá preparó unas ricas empanadas de pino mmmm. Todos los niños trajeron diferentes platos pero tenían algo en común: todas las recetas eran ricas y únicas, tal como los niños que las trajeron.

Llegó el día en que mis padres me contaron que teníamos que irnos a vivir a Chile, porque teníamos que cuidar a mi abuelita que estaba enfermita. Me asusté mucho porque no sabía cómo iba a ser mi entorno, mi colegio y mis nuevos compañeros.

Las vacaciones de verano pasaron rápido... y llegó el día de ingresar al colegio. Era muy diferente del que yo había estudiado... y aunque mis compañeros en un principio me miraban como un bicho raro, terminaron siendo gentiles y amistosos. Me enseñaron a jugar al trompo, la pillada y el luce. Pasó el tiempo y fui conociendo nuevas comidas como la sopaipilla, los chilenitos, la churrasca y muchas más. También aprendí algunas tradiciones del pueblo donde vivo.

En el ahora mi pueblo, vive el Sr. Gagaga, quien enseña a bailar cueca a todos los niños en forma voluntaria. El Sr. Gagaga gentilmente me invitó a sus clases, y desde el primer día que bailé cueca, me encantó! Incluso participé en un campeonato en otro pueblo, donde gané el cuarto lugar regional. Desde ese día, me autodenominé ser una CACHIGU (Canadiense Chilena y Guatemalteca) y es por esta razón que mi corazón está dividido en tres partes. En todos estos años aprendí que es muy importante tener una nacionalidad e identidad (soy afortunada de tener tres), ya que eso nos identifica y nos hace sentir orgullosos de nuestras culturas, costumbres y tradiciones: Y ESO ES LO QUE NOS HACE ÚNICOS.



ANAHÍ CIFUENTES
6° básico
PRIMER LUGAR



UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los Refugiados

unicef 

| para cada niño

Era un día soleado, estaba en un aeropuerto con mis amigos a punto de subirnos a un avión y para pasar el tiempo se nos ocurrió decir anécdotas chistosas o que tuvieran un valor “sentimental” para nosotros, así que se me ocurrió contar como nos conocimos:

Hace 3 años yo iba a un colegio bastante normal en el cual sacaba bastantes buenas notas y estaba feliz por mi desempeño estudiantil, pero no solo había cosas buenas. Yo, según lo que me han contado mis padres, iba a nacer en Colombia pero por problemas familiares teníamos que irnos a vivir a Chile. Lamentablemente, no teníamos muchas opciones de cómo llegar a Chile, así que tuvimos que pasar ilegalmente, mientras estábamos dirigiéndonos a Chile nació yo, mis padres temían que pasara esto debido a que sería un niño *apatриado*. Pasaron los años y yo no le daba importancia hasta que entré a la secundaria y cambiaron muchas cosas, me había dado cuenta que era la única niña *apatriada* en mi curso, lo cual me hacía sentir de alguna u otra forma incómoda, no tenía muchos amigos así que se se podría decir que era poco sociable.

Tiempo después se hicieron campañas para que personas como yo lograran conseguir una nacionalidad, yo al enterarme de esto me alegré debido a que en el colegio una que otra vez me molestaban por eso, pero no tomaba mucha importancia así que me alegre más debido a que con una nacionalidad podría conseguir pasaporte y poder salir a explorar el mundo.

Recuerdo que esa misma semana estábamos en la asignatura de Lenguaje cuando entra el inspector y me saca del salón, una vez afuera del salón me explica que una organización estaba reuniendo alumnos de distintos colegios que fueran *apatriados* para opinar sobre qué les parecía el tema.

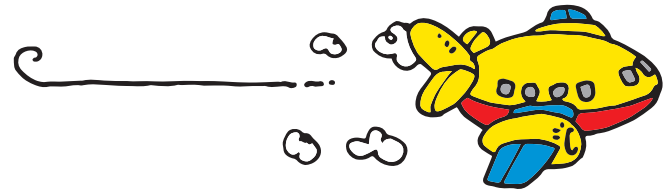
Ese mismo día yo estaba emocionado para intentar conseguir amigos que realmente entendieran cómo me sentía siendo una

persona *apatriada* así que emprendimos el rumbo a un colegio en el cual se iban a reunir todos los estudiantes, al entrar me di cuenta que todos éramos iguales y diferentes a la vez ya que algunos se expresaban de diferente forma, se vestían diferente, pero todos éramos *apatriados*.

Habían empezado las actividades, pero yo tenía un problema ya que se decidió que iban a ser en grupos de cuatro personas, me di cuenta de que a un grupo le faltaba una persona así que me acerque a ellos y les pregunté amablemente si podía ser con ellos los cuales me dijeron que sí, nos hicimos muy amigos e hicimos una promesa “ahorraremos dinero para que cuando seamos chilenos podamos viajar”.

Los cuatro salíamos al cine, a comer y a jugar hasta que un día gracias a mis amigos y personas que nos habían apoyado cuando más lo necesitábamos logramos convertirnos en chilenos. Ese día fue ayer y hoy nos encontramos a pocos minutos de tomar nuestro primer avión.

SEBASTIÁN MUÑOZ
8° básico
SEGUNDO LUGAR





UNHCR
ACNUR

La Agencia de la ONU para los Refugiados

unicef

para cada niño

Una mañana de marzo, a las 7:40 am exacto, Mariana estaba lista para ir a la escuela, pero tenía un solo problema, no lograba rescatar su mirada que se había quedado clavada en la pared de su habitación. Estaba inquieta por tantas cosas que había pensado sentada en su cama al despertar. Cuando logró volver, se dio cuenta del poco tiempo que le quedaba para llegar al colegio, así que tomó a su mamá de un brazo y salió disparada de casa.

Gracias al apuro, Mariana pudo entrar a tiempo a clases, pero sentía una tormenta dentro de ella, era como sentir frío y calor a la vez, o algo peor, como una combinación muy extraña de emociones.

Finalmente, guiada por una paradocente, encontró su sala, pasó y fue con la profesora para presentarse, y así lo hizo recordando el consejo de su madre: “se respetuosa y saluda con cariño, recuerda cómo somos nosotros”, así que se acercó y le dio un beso en la mejilla, después la profesora le dio la bienvenida y le asignó un puesto, al lado de una niña que parecía agradable.

Cuando se sentó, soltó un suspiro y con él se decía a sí misma que su primer año escolar, en un nuevo país, no sería tan difícil después de todo. Hasta que escuchó la voz de la profesora mencionar su nombre, y le pedía que se levantara para pasar al frente y presentarse ella misma ante la clase. ¡Qué vergonzoso!

Le volvió el calor en la cara, el frío en las manos y el ardor en la guata pero, como pudo, se levantó de su asiento y se paró al frente de toda su clase. Solo sentía el peso de las miradas de cada uno de los niños, y pensaba en el poco tiempo que le había dedicado a su cabello esa mañana.

“Aquí voy”, susurró, y afinando su garganta empezó a decir con voz tímida:

- Hola, mi nombre es Mariana González, estoy recién llegada, soy venezolana y vivía en Cagua, una pequeña ciudad al norte de mi país... y bueno, no sé qué más decir.

- Dinos cómo te sientes en Chile, ¿te gusta? – preguntó su profesora.

- Bueno la verdad, me ha parecido muy chévere – y justo al decir esa última palabra a Mariana le salieron cachos, horribles y grandes, cosa que asustó a todos los presentes, incluyendo a la profesora.

- Ya, bueno Mariana, bienvenida, puedes sentarte de nuevo.

Nadie entendió, fue muy extraño, pero luego comenzó la clase de Arte y Mariana esperó la oportunidad para buscar la excusa para hablarle a su compañera, y le dijo sonriendo: “qué lindo el color de tu lámina de foamy”.

La niña la miro con asombro y Mariana sintió que le salía un tercer ojo en su frente. Incómoda y sin saber lo que sucedía sólo se preguntaba: “¿será que me hizo mal la arepa con queso que me comí?”.

Las horas pasaron lentamente pero Mariana, a pesar de los inconvenientes, logró terminar su primer día de clases. Llegando a casa su mamá le pregunta:

- ¿Cómo te fue hoy mi amor?

- Bueno, al parecer tengo cachos, un tercer ojo, creo que me están saliendo verrugas en la nariz, además, no tengo cédula ni pase escolar, por el apuro se me quedó la Bip y no entiendo mucho a las personas cuando me hablan. ¡Oseaaa, súper chimbo mamá!

- Vas a tener que aprender a hablar como se habla acá para que no te sientas tan diferente.

- Pero mamá, soy venezolana, y no quiero cambiar.

- No te estoy pidiendo que cambies, siempre serás venezolana, pero aprende a comunicarte - Mariana puso cara de capricho y luego de un rato dijo: “que fome, mami”, y ambas soltaron fuertes carcajadas y se abrazaron.